

POR QUE LOS INGLESES NO SE QUEDARON EN LA HABANA EN 1763.

Por Juan Luis Martín

Carteles, oct 24/948.

EN UNA histórica sesión del Consejo de Ministros de Inglaterra, William Pitt había declarado, contra las opiniones de su rival político, Bute, que España estaba preparándose con Francia para luchar contra los ingleses; y que, en consecuencia, el gobierno británico debía anticiparse a sus intenciones, tomando la iniciativa de las hostilidades. Afirmó que Carlos III sólo aguardaba a la llegada de la flota de América para entrar en acción y que, por tanto, hallándose España en franco estado de postración, sonaba la hora de asestarle la estocada final, destruyendo su imperio colonial. Proponía que se despachara sin tardanza una escuadrilla volante para interceptar los caudales de América y tomarlos, y que, inmediatamente después, se conquistasen La Habana y el istmo de Panamá, con lo que el sistema estratégico americano se vendría abajo. En Asia, se ganaría, de un solo golpe, el Archipiélago Filipino, y, de este modo, Carlos III tendría que someterse a discreción. Bute replicó que eran desmesuradas sus presunciones, en cuanto a los propósitos del rey de España, y que sus planes, en exceso optimistas, pecaban también de exagerados e inoportunos. Jorge III mismo manifestó que descubría en las proposiciones de Pitt muchos puntos débiles, y que, debido a tales objeciones, era contrario a declarar la guerra a España y Francia. El 6 de octubre de 1761, Pitt, por la oposición que a sus proyectos se hacía, decidió dimitir del cargo de primer ministro, quedando Bute en turno para el poder. El 25 de diciembre de 1761, el conde de Fuentes, embajador de España

en Londres, entregó una nota que se consideró mortificante para Jorge III y el primero de enero se declaró la guerra.

El secretario del Consejo, Egremont, lo dispuso todo inmediatamente, para realizar el proyecto de Pitt. Pero era ya tarde, porque, en efecto, España había ganado los dos meses que perdió el gabinete inglés, en las intrigas de Bute contra el dimidente. El plan de agresión al imperio colonial quedaba mutilado,

por las exigencias que planteaban las nuevas circunstancias. Los aprestos tenían que ser mayores que antes, y, debido a esto, el alistar la flota destinada a la conquista de La Habana demoró desde enero a marzo de 1762.

Las operaciones del sitio de La Habana fueron, además, más duras de lo que habrían sido, de haberse iniciado seis meses atrás. Habrían sorprendido quizá a los habitantes bajo los padecimientos de las epidemias que descargaban en Cuba y que habían amenguado considerablemente el número de sus defensores.

De todas maneras, Inglaterra se posesionó de La Habana y Manila. Pero no de Panamá, y aunque aquellas operaciones engrandecieron su imperio, no se logró con la amplitud soñada por la audacia de Pitt.

En la campaña habían tenido participación importantísima las colonias de la América Septentrional. Los generales Putnam y Lyman y un hermano de Jorge Washington, Lawrence, habían figurado en los cuadros de las tropas norteamericanas. También vinieron fuerzas alemanas, de los dominios de Jorge III en Hannover.

Las primeras noticias de la victoria alcanzada con la rendición de la plaza, se publicaron en un número extraordinario de la *Gaceta* de Boston, el 13 de septiembre de 1762, un mes después del hecho. Se celebró con gran júbilo el triunfo durante varios días en todas las ciudades de Nueva Inglaterra; se consideraba una victoria de sus hijos, porque allí eran "no sólo fieles a la madre patria, sino fieles con fidelidad rayana en fanatismo", como decía un cronista norteamericano. Y, por añadidura, se esperaba recoger un gran botín.

En esas primeras noticias, hacía saber que se habían tomado en la plaza 14.000.000 de pesos en metálico, y, a bordo de uno de los galeones españoles (ya no había galeones), \$5.000.000; y que, por lo demás, ya se habían contado \$40.000.000 en especies, con lo cual lord Albemarle se construía una fortuna que le rentaría 12.000 libras esterlinas anuales, e igual par-



ticipación en el botín, el almirante Pocock. Tiempos aquellos en que los ingleses no pensaban en las guerras, más que calculando los caudales que se tomarían, para hacerse cada expedicionario rico en una aventura de aquéllas.

Según llegaban las noticias, los ánimos cobraban mayor entusiasmo por el triunfo; y ya pasado otro mes, la excitación hizo que el gobernador de Massachusetts, Bernard, respondiendo a una petición de las cámaras estatales, fijase el 7 de octubre como día de acción de gracias a Dios por tan gran victoria. En la proclama que publicó, decía M.^r. Bernard, tras de hacer inventario de los recientes hechos de armas de Inglaterra y sus colonias americanas: "Mas, encima de todo eso, con más brillo y esplendor, con el corazón henchido de gratitud y contento contemplemos la gloriosa e importante conquista de La Habana, que, teniendo en

alguna, de conformidad con las reglas que hasta entonces se observaban. Los oficiales subalternos, marineros y soldados, no percibieron la parte proporcionada a su bravura y a los peligros que padecieran en servicio tan cargado de riesgos y fatigas".

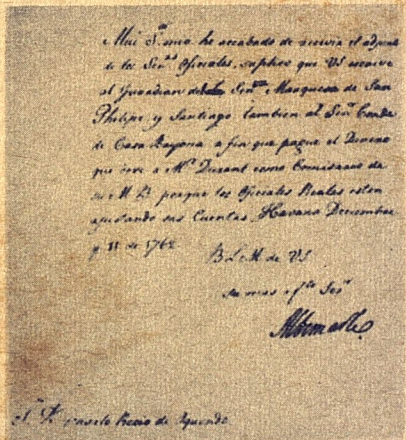
El almirante tomó para sí 122.697 libras 10 chelines y 6 peniques; los capitanes, 1.600 libras; los tenientes, 234, y unos chelines más; los sargentos y cabos, 17 libras y media; y los marineros y soldados de mar, sólo tres libras por cabeza; lord Albemarle, como general de tierra, percibió lo mismo que el almirante; los oficiales de campo, 564 libras; los capitanes de compañía, 184; y los soldados sólo 4 libras.

Las cifras que consigna Schomberg difieren ligeramente de las ofrecidas por Burns, quien hace una distribución más estricta por jerarquías navales y militares. De todos modos, según este último autor, "A los jefes les tocó el oro y a la gente de filas la escobilla". Pero ninguno de ellos dice lo que correspondió a los milicianos negros de Jamaica, que, además de los esclavos, habían embarcado en los transportes.

Encima de esto, hay que contar el tabaco, el azúcar, los objetos y los barcos que se enviaron a Inglaterra, y que, sacados a remate, dejaron setecientas mil libras esterlinas, repartidas entre las fuerzas europeas, inglesas, alemanas, irlandesas y escocesas.

Las pérdidas de las tropas norteamericanas fueron gravísimas. Pues la peste que asoló sus campamentos las diezmo. Mante dice: "El conde de Albemarle se había comprometido a devolver a la América del Norte el mismo número de soldados que hubiese salido de esas colonias, tan pronto como terminase el servicio, por lo cual procedió en seguida a embarcar la quinta brigada; pero la mayor parte de sus componentes murieron en el camino, de tan enfermos que salieron, y otros acabaron en los hospitales a poco de llegar. La artillería se perdió en el mar. Las tropas que quedaron se redujeron tanto, que apenas 700 hombres podían contarse para el servicio".

En las colonias septentrionales quedó por mucho tiempo la mala impresión del trato que se había dado a sus huéspedes en aquella campaña. C. C. Hazewell, dice: "De las muchas victorias que alcanzaron las armas británicas en la Guerra de los Siete Años, ninguna fué tan notable como la toma de La Habana y su campo anexo, que les dió la



Facsimil de una carta del conde de Albemarle, dirigida en 1762 a don Gonzalo Recio de Oquendo, Regidor Alcalde Mayor de La Habana.

cuenta sus recias defensas, la resolución de sus defensores y lo dañoso del clima, no pudo caer en nuestras manos a no ser por designio de la Divina Providencia, que castigó la arrogancia y la injusticia del príncipe que sin ninguna necesidad inició esta guerra".

El botín, sin embargo, no fué tan crecido y la distribución no correspondió a las ilusiones que se habían hecho en la capital de la colonia. Se habían tomado nueve navios de línea y tres fragatas, además de tres millones de libras esterlinas. Las bajas habían sido 1.790 hombres, según los datos oficiales ingleses.

El capitán Schomberg (Naval Chronology) dice tranquilamente refiriéndose al reparto del botín: "La distribución del dinero del vencedor, por la toma de La Habana, no se hizo, en manera

3

virtual posesión de la isla de Cuba; pero el modo que tuvieron de disponer el magnífico fruto obtenido, al forzar la paz Jorge III a sus súbditos americanos que no la querían, debe contarse entre las causas que hicieron que en la guerra de independencia las tropas coloniales no mostraran disposición a defender a su rey".

Esta cita, casi contemporánea de los sucesos, pudiera tomarse como indicación de que las fuerzas norteamericanas se consideraron preteridas, en cierto modo, en aquella campaña, y que sus jefes hubiesen aconsejado que se llevase a término la conquista general de la isla, esperando aumentar el botín y dilatar las fronteras coloniales.

Pero en Inglaterra pensaban de otra manera. "No quedaba en manos de las potencias borbónicas ni un barco ni una isla que no hubiesen caído en nuestro poder, o que no estuviesen bajo inminente amenaza de sucumbir a nuestras fuerzas. Pero el conde de Bute, privado del rey, había pasado a ocupar la dirección del gobierno, en lugar de Pitt; y su primer acto relativo a esta guerra fué reanudar las negociaciones que habían fallado en 1761. Al año siguiente, cuando las colonias borbónicas se desplomaban en rápida sucesión, y Choiseul meditaba ejecutar un plan desesperado para la invasión de Inglaterra, se concertaron los planes de paz. Convergían muchas causas en favor de las concesiones; a Jorge III no le gustaba nada el aspecto alemán de la guerra (era rey de Hannover) y estaba decidido a terminarlo; Bute era manifiestamente incapacitado y él mismo, que no lo ignoraba, temía cometer algún error irreparable; y el duque de Bedford compartía la opinión de muchos de que el imperio crecía demasiado y con exceso de rapidez y

contemplaba la consecuencia de que todo sucumbiría muy pronto, arrastrando en la caída todo lo que ya se tenía seguro. Pitt se inquietaba por lo mismo, pero consideraba que tales presunciones podían ser superadas por la acción mejor que por la inacción, recomendando la destrucción total de Francia, como imperio colonial y marítimo. Sin embargo de esto, prevaleció la opinión más moderada; e Inglaterra se encontró en la disyuntiva de restituir el Canadá o las Antillas... Creíase que conservando el Canadá, las colonias norteamericanas se inquietarían, porque cesaría la amenaza francesa... La opinión de Pitt era que las colonias americanas abrían mercado a las fábricas inglesas y que lo mismo sucedería con el Canadá, por lo cual juzgaba que, en definitiva, bien valía el riesgo colonial, al que él no le concedía tanta importancia. Por tanto, mejor convenría ceder las islas azucareras que el Canadá". (Williamson, Short History of British Expansion, I, 406-407).

Veinte años después, las palabras de Bedford se realizaban como una profecía. El crecimiento del imperio británico producía su resquebrajamiento, con la rebelión de las colonias norteamericanas, pérdida compensada, sin embargo, en otros mares. La visión ambiciosa y valiente de Pitt señaló que ese tratado, por el cual La Habana se restituyó a España, contenía los gérmenes de gravísimos peligros. Se subía muy de prisa ciertamente y poco después, Inglaterra tenía que lamentar ese engrandecimiento, cuando Francia fué capaz de disponer de una nueva escuadra.

La opinión de las colonias había sido favorable a la conservación de La Habana y el Canadá; a forzar a España, que estaba postrada, a entregar el total de Cuba. Pero Inglaterra no complació estos deseos de sus súbditos americanos, y, además, disgustó a sus capitanes en la distribución de las presas de guerra, con el favoritismo en provecho de los súbditos europeos del monarca. Francia, en compensación por los daños que España había sufrido, le rindió la Luisiana. Con esto, las Trece Colonias quedaron sin aquellos temores, y, más tarde, los vencidos de 1762, ayudarían a los rebeldes a obtener la independencia. La Florida la tuvieron por menguada compensación. Por todo esto, hay una relación bien destacada entre el tratado del 10 de febrero de 1763 y los acontecimientos posteriores, que culminaron en la formación de los Estados Unidos, en la función de un hecho geopolítico.

*Partidas,
oct 24/48*

